

LAS DOS FASES DE LA POLITICA

Existen demasiadas discusiones sobre la noción de la política y de lo político (*das Politische*) y no queremos añadir a ellas una nueva. En estas discusiones, como en tantas otras, existen más desacuerdos terminológicos que reales. Queremos, simplemente, demostrar aquí que la política tiene necesariamente dos fases, caracterizadas por sus dos elementos, que no sólo son diferentes, sino también, en gran medida, contrarios recíprocamente. Además, vamos a intentar precisar la terminología, designando por lo político —y la política— lo que es absolutamente específico en un vasto dominio de la realidad social, que hasta ahora se ha designado indistintamente por ese término. Después de haber distinguido de esta manera estas dos fases de la política, intentaremos demostrar que sólo una de ellas existirá en el futuro.

No queremos entrar en la discusión escolástica de cuál es la verdadera esencia de la política. Pero designaremos, sin embargo, a uno de los dos elementos de la política que caracteriza a una de sus dos fases como el elemento «verdadero» de la misma, el que constituye su esencia «verdadera». Este término, «verdadero», no se concebirá aquí en el sentido habitual de la «esencialidad» absoluta, sino en un sentido muy particular y concreto. Al designar a este elemento como el «verdadero» de la política, como su esencia, no queremos afirmar que éste predomine en la política en el curso de la Historia, pues, desgraciadamente, no es el caso. Queremos decir solamente que el ideal que la política debe alcanzar al perfeccionarse más y más se cifra en su constitución exclusiva por este elemento «verdadero». El otro elemento es «no verdadero», accidental, secundario, aunque haya predominado en el curso de la Historia. Era, y es todavía, necesario en la política, pero en el futuro dejará de serlo, y por ello, según la buena lógica de la Historia, dejará de existir, lo que quiere decir que la política alcanzará el ideal de su perfeccionamiento y estará constituida exclusivamente por su elemento «verdadero». La esencia «verdadera» de la política no se halla, pues, en lo real, el presente, sino en lo ideal, el futuro. La realidad contemporánea en la que el elemento secundario predomina no debe ocultarnos la realidad profunda de la política, hacia la cual debemos tender y que se realizará completamente en el futuro.

Al ser esencial, al menos para nosotros, el elemento «verdadero» de la política se expondrá en la primera parte de este trabajo y en la segunda parte se tratará del elemento accidental y secundario. Finalmente, en la tercera parte echaremos un vistazo al porvenir de la política.

I

Al comenzar a exponer el elemento «verdadero», específico, de la política, es preciso subrayar una vez más que queremos precisar la terminología correspondiente y designar por el término de «lo político» lo que sea absolutamente específico en el vasto dominio que se designa así comúnmente. En efecto, lo político y la política, en la terminología corriente, están constituidos por fenómenos muy diferentes por su naturaleza, o en otros términos, los políticos —los que hacen la política— se ocupan de actividades muy diferentes. Pero solamente algunas de estas actividades son específicas en relación a otras, y a causa de ello constituyen lo que designaremos por política.

Por supuesto, se puede reprochar a esto que todas las actividades ejercidas por el político son política, precisamente porque éstas sólo son ejercidas por él, o en todo caso son necesarias para la realización de su fin. Debemos convenir con este razonamiento, pero, precisamente, esto mismo nos reafirma en el mantenimiento de nuestra terminología. Si, evidentemente, todas estas actividades son necesarias para la política es que no son sino medios para alcanzar el fin político y entonces se subordinan a este fin y no constituyen la esencia de la política.

Va de suyo que la terminología no es un fenómeno «natural» —o categórico, si se quiere—, sino convencional. Podemos ampliar el término «política» y designar por el mismo *strictu sensu*, lo que llamamos política a secas. En una acepción más amplia, podríamos comprender lo que designamos como no perteneciente a la política, aunque esté ligado a ella y sea necesario para la realización de sus fines. Lo que importa es emplear la terminología más clara y precisa posible para comprendernos:

1. Lo esencial de la política es guiar a la sociedad, orientarla en el caos de la Historia, proporcionarle el «verdadero» camino ante las falsas soluciones. Esto lo reconocemos todos y es evidente. La política nos dice lo que se *debe* hacer.

Pero si esto es lo esencial de la política, todavía lo tenemos poco definido e indeterminado, pues por este camino la política cae en el vasto dominio de lo normativo en la vida social y existen otras guías de la sociedad como

ta religión, la moral, el derecho, la costumbre, la ciencia, etc. Para determinar lo específico de la política en este dominio debemos precisar las características diferenciadoras de esta guía.

2. La política se refiere a la sociedad en su conjunto, a la Sociedad, con mayúscula. Esta es una unidad concreta y viva; la unidad que, en otros tiempos, se llamaba *polis*, y que hasta ahora ha sido con frecuencia el Estado. Pero la política no está necesaria ni exclusivamente ligada al Estado, sino que puede existir y desarrollarse también en las sociedades más pequeñas que éste —una minoría nacional, una clase social, una Iglesia— o más grandes —organización internacional o de otra clase que sea independiente del criterio nacional—. Es suficiente con que esta sociedad sea Sociedad, es decir, una unidad estable y duradera en que las gentes están ligadas por vínculos muy fuertes y que son independientes en muy gran medida; una unidad que sea capaz de llevar una vida común relativamente autárquica.

La política se desarrolla y se centra sobre esta Sociedad; es su guía y la de sus partes —y la de sus miembros, pero sólo en tanto en cuanto constituyen la Sociedad—. No se refiere directamente a individuos, como la religión y la moral, e incluso el Derecho. Su fin no es el de reglamentar el comportamiento del hombre —aunque ésta sea la consecuencia de su función—, sino el de la Sociedad.

Es cierto que se emplea a veces el término «política» para designar algo que se desenvuelve en la sociedad constituida por dos individuos o por algunos, e incluso para designar la actividad de un solo individuo —«política» de una muchacha para casarse, de un estudiante a la vista de sus exámenes—, pero existe una diferencia muy evidente ya a primera vista entre esta «política» y la política en el sentido propio de la palabra.

3. La consecuencia inmediata y necesaria del hecho de que la política se refiera a la Sociedad es la formación de la misma como una actividad independiente en la división social del trabajo y de los políticos, los que se ocupan de la política, como un grupo especial, frecuentemente una profesión e incluso un estrato. La política no consiste en el hecho de guiar sus propias actividades o las de un pequeño número de personas, sobre todo si están próximas entre ellas, pues esto no exige un cometido especial e independiente en la división social del trabajo, sino que consiste en el hecho de conducir las acciones de otros, que existen en gran número, y éste deviene el principal papel del político.

La política se transforma de esta manera en una esfera especial de la vida social, un dominio aparte, y que se superpone a los demás. Podríamos imaginarnos una Sociedad en la cual cada sujeto, individual o colectivo, lleva

a cabo su acción solo, y en la que no exista una actividad política que guíe todas las acciones tomadas como una unidad, como una totalidad, pero tal Sociedad no podría probablemente existir; representaría una sociedad caótica, donde las diferentes acciones se entrecrozarían y donde no existiría por ello la posibilidad para ninguna de ellas de desarrollarse de una manera fructífera.

Esta actividad especial que llamamos política es necesaria porque existen muchas otras de sujetos diferentes y numerosos, y sobre todo porque éstas deben coordinarse. En este momento, la actividad política comienza a separarse de la dirección y de la coordinación espontáneas, que se desarrollan como elementos constitutivos e inseparables de las mismas actividades de que se trata. Por supuesto, el paso entre los dos estados sucesivos no es claro y existen grados intermedios entre ellos, pero lo esencial es que el paso existe de todas formas.

Veremos más adelante que en un futuro que podemos imaginar, en una fase que se puede llamar la tercera fase de la política, ésta dejará de ser la profesión de los políticos, pero incluso en esta etapa —muy difícil de realizar si se alcanza— la política será una actividad diferente de las otras en la Sociedad.

4. Por otra parte, de los elementos normativos de la Sociedad como el Derecho, la moral, la costumbre u otros, la política se distingue claramente porque no consiste en normas. Lo más que podemos decir es que la política determina el contenido parcial de ciertos sistemas normativos, y más particularmente del Derecho. Pero ni siquiera el contenido del Derecho se determina enteramente por la política y el de otros sistemas normativos, sobre todo el de la moral, está muy poco determinado por la misma. Se puede observar, por el contrario, que los demás sistemas normativos, y sobre todo la moral, determinan con frecuencia y fortísimamente a la política.

Así, pues, aunque estrechamente ligada al dominio normativo, la política no es un sistema de normas. Es actividad, hecho, y no norma, idea. En este sentido pertenece al mundo «real» y no al «ideal»; es de este mundo, y como tal no puede ser tan pura como una idea; es un ensayo de realización de una idea, de un ideal, y como tal es desgarrada y contradictoria, pues las ideas no pueden realizarse completamente. Dividida entre lo que se quiere y lo que se puede, se queda las más de las veces a medio camino y se torna sospechosa a los idealistas indomables.

La política, pues, nos proporciona normas, ideales, pero no es en sí misma ni lo uno ni lo otro.

5. Guiar, orientar, quiere decir escoger entre varias posibilidades. La política es esencialmente elección y el político es el que elige. La elección

que hace recaer entre varias orientaciones de la Sociedad, entre varios fines, varios ideales. La política es la elección de un fin que representa un valor, un fin que se debe realizar.

La política es la actividad de guiar a la Sociedad, de determinarle la orientación, de separarla de su marcha espontánea, «natural», de humanizarla, de dominarla. La Historia no sólo se sufre, sino que es hecha por el hombre mediante la política que presupone, pues, evidentemente, que el hombre puede influir en el curso de la Historia, que es creador.

La función esencial de la política es, pues, la de plantear el ideal, la de determinar la idea que debe realizarse, la de escoger el valor que haga que la Sociedad y su vida, y por ende, la vida del hombre, tengan un sentido. Es por esto por lo que la política es una actividad alta y digna, completamente contraria a lo que el pensamiento popular le atribuye al considerarla como algo bajo y sucio.

6. La elección supone la libertad. El político es libre al hacer su elección. Ser libre quiere decir ser creador, no en el sentido de que el político deba necesariamente crear el ideal o el valor que escoge, pues pueden estar ya creados, sino en el sentido de que añade algo a lo existente por su acción de elegir y que la posibilidad de elección se encuentra en él, que la elección brota de él y se muestra al mundo, cambiándole.

El hecho de elegir libremente no quiere decir, por supuesto, que actúe *sine causa*, es decir, que su elección no sea causal, determinada por los factores correspondientes. Pero lo esencial es que uno de estos factores es lo que se llama su personalidad, indivisible, original e irrepetible. El determinismo no niega la libertad, sino que la incluye con la condición de que los factores subjetivos se tomen en consideración.

La libertad de la elección es lo que distingue clarísimamente la elección política de cualesquiera otras que no son libres y que, en consecuencia, no son verdaderas elecciones en absoluto. La «elección» hecha según las prescripciones de la ciencia o del arte no es la verdadera, pues está condicionada y no es libre. Un ingeniero no es libre de hacer una elección verdadera cuando «decide» la armazón de un puente, ni un médico cuando «decide» el modo de terapia, pues existe, según las prescripciones de la ciencia, una sola solución, que es la mejor, y están obligados a «escoger» ésa y no otra. En otros casos, la libertad de la elección se restablece sólo cuando dos o varias soluciones tienen el mismo valor.

La verdadera elección es, por consiguiente, la de los valores, no la de los medios para realizar los valores. La política es la elección de valores y por ello es libre y creadora. En la elección no se aplica ninguna prescripción, y por lo mismo no es exacto decir que existe una política «científica».

La ciencia es lo que es profundamente contrario a la política. La política científica, si se quiere que esta noción no sea intrínsecamente contradictoria, no se puede concebir sino como la aplicación de la ciencia en la *realización* de los valores políticos, los cuales se *eligen* libremente con anterioridad. La confusión implícita en la noción de política «científica» entre la política y la ciencia proviene parcialmente del hecho de que existen políticas, o mejor, valores, fines políticos, realizables y, en consecuencia, «reales» o realistas, conformes a la realidad, mientras que los hay contrarios a la misma. Por esto se dice con frecuencia que una política es científica porque quiere realizar los valores que sean realizables, porque el curso de la evolución de la Sociedad va ya espontáneamente en la misma dirección en que va a orientarla, pero si empleamos las palabras según su significación exacta, es evidente que tal política no tiene más que ver con la ciencia que la opuesta. La elección de valores, de fines políticos, es libre, no está determinada por la ciencia, es una creación humana. El hombre puede desear un fin que sea, de una manera evidente y absoluta, contrario a la realidad, imposible de realizar, y puede desear una política que intente, si bien en vano, realizarlo. Puede ser completamente consciente de esto, y sin embargo, proseguir en sus esfuerzos para realizar lo imposible.

Lo cual no quiere decir, por supuesto, que la ciencia no influya sobre la elección de los valores políticos. Todo lo contrario. Pero lo hace como los demás hechos. El político toma en consideración lo que le dice la ciencia, como hace con todos los demás hechos relevantes; pero la ciencia no le determina el valor, sino que es él quien lo hace.

Por ello tampoco tiene fundamento proclamar a una política más justificada que a otra, mejor que otra, «objetivamente» buena, etc., pues los valores y, por lo tanto, la política no se pueden juzgar de tal manera. Desde el punto de vista objetivo, son todas iguales y todas igualmente fundadas; no existen las objetivamente buenas y malas, sino sólo para un sujeto. Un fin o un valor político se pueden juzgar objetivamente buenos o malos sólo si dejan de ser fines y valores y se convierten en medios de otros fines y valores.

7. Pero la elección de valores no es monopolio de la política. En otras actividades existen también tales elecciones como en la religión, la moral, la vida cotidiana, etc. ¿Cuál es el valor político, diferente de los demás, y qué es lo específico de su naturaleza?

En primer lugar, es preciso subrayar que cualquier valor puede ser político si se incluye en un sistema de tales valores, pero esto no trae como consecuencia que éste, o mejor, el sistema de valores políticos no sea específico. Todo lo contrario, puesto que un valor moral, por ejemplo, si se con-

vierte en político no lo es porque sea un valor moral sino porque tiene también una naturaleza política específica.

O dicho más exactamente: El sistema de valores políticos se distingue de los demás porque contiene los necesarios para organizar la vida cotidiana y duradera de la Sociedad como unidad, como totalidad. Los demás sistemas son, desde este punto de vista, parciales y sólo el de los valores políticos es total, completo. Por supuesto, esto no quiere decir que todos los sistemas políticos lo sean pero, si no lo son, o la Sociedad no puede existir y perecer o el sistema no se realiza y se reemplaza, total o parcialmente, por otros.

El sistema de valores políticos puede sintetizarse, resumirse, simbolizarse en su conjunto, por un solo valor, que es el más alto o el más amplio de todos, por ejemplo, el bienestar. Pero habitualmente tal valor no es suficientemente específico; puede que tales valores representen también a otros sistemas (moral, religión). Es por ello por lo que para que tal valor supremo sea político debe concretarse y especificarse mediante otros valores que se contienen en el primero, pero sólo como posibilidades, lo cual quiere decir que un valor muy general y abstracto puede concretarse de diferentes maneras. Si se quiere que sea un valor político es preciso concretarle de tal manera que englobe la totalidad de la vida social, que oriente a la Sociedad como un conjunto en un curso predeterminado. De otra manera si, por ejemplo, se limita al individuo puede ser un valor de otra naturaleza —digamos, moral— y no un valor político.

Por ello, los más generales se concretan de tal manera que sean específicos, para que no puedan confundirse con valores de otro género. Así, por ejemplo, los valores políticos se especifican como capitalismo, socialismo, nacionalismo, imperialismo, liberalismo, etc. Estos son aún lo suficientemente generales para penetrar a todos los demás y colorearlos con un tinte específico, el cual les distingue de otros que entran en un sistema de valores políticos diferente. Pero al mismo tiempo se especifican políticamente lo necesario para que sean puros y no se confundan con otros valores.

Se puede decir, de esta manera, que la elección política es la elección de un valor político tan general que englobe a todos los demás y tan específico que no se confunda con los valores no políticos. Tal valor resume y sintetiza a todos los demás, que son necesarios para la orientación de la vida de la Sociedad en una dirección determinada, precisamente en la realización de este valor.

8. La elección de los valores políticos, del curso que la Sociedad debe seguir, no es más que un elemento de la política. Hay aún otro: la actividad para la realización de los valores.

Por supuesto, el valor político se realiza por cada actividad humana en una

Sociedad dada. La política, evidentemente, no engloba todas estas actividades pues entonces toda la vida social sería política y en la Sociedad no existiría sino política. Afortunadamente, esto no es así. La actividad política es la orientación de las demás actividades y no éstas en sí mismas.

Si quiere realizar sus valores, el político debe emplear medios apropiados. Sus principales medios son las actividades humanas, aunque los medios materiales sean también necesarios. ¿Qué medios debe emplear? Aquí se plantea el problema de la aplicación de la ciencia.

Efectivamente, en principio, la ciencia puede designar los medios necesarios para la realización de los valores ---con la condición, por supuesto, de que sean realizables---, pues no se trata de la elección subjetiva de valores, sino de la constatación de los lazos objetivos de causa a efecto entre el medio político empleado y su consecuencia, que debe ser la realización del valor correspondiente. Sin embargo, en la práctica la ciencia no está lo suficientemente desarrollada para poder llevar a cabo esta vastísima tarea, y además, puede decirse muy poco sobre los efectos de los medios empleados. Por ello, el político está obligado a actuar solo, pues no puede esperar a lo que la ciencia diga que se debe hacer. De esta manera existe una división de trabajo entre la ciencia y la política en la determinación de los medios para la realización de los valores políticos. En tanto que la ciencia pueda determinar estos medios, el político debe servirse de ella y no tender a reemplazarla, pero cuando la ciencia no lo pueda hacer debe sustituirla por su conocimiento insuficiente y su intuición, que con frecuencia se muestra muy capaz de ello. Se sobreentiende que también designa él mismo los medios cuando la ciencia vacila en darle una respuesta exacta y segura.

En principio, puesto que la ciencia se desarrolla cada vez más de prisa, se podría tener la optimista convicción de que en un futuro previsible sería capaz de determinar todos los medios empleados por la política. Así, el dominio de la acción del político se reduciría mucho y dejaría de hacer lo que siempre ha sido su función y por la cual se juzgaba la valía del político. En efecto, se considera que el político debe poder prever el curso de los acontecimientos y aplicar los medios apropiados a orientarlos en la dirección deseada.

Sin embargo, nos parece que tal desarrollo de la ciencia, aunque posible e incluso probable, en principio, sólo se alcanzará muy tarde o incluso nunca. Es difícil creer que la ciencia social pueda desarrollarse de tal forma que se prevean exactamente todas las consecuencias de las acciones políticas y humanas. Creemos que siempre ---en todo caso durante mucho tiempo aún--- habrá sitio para el talento individual del político y del hombre de Estado en la política práctica. Así, pues, el político no será, al menos por ahora, reemplazado por el técnico, aunque éste le ayude cada vez más.

Este no puede tampoco sustituir al político en la elección de los medios cuando éstos sean iguales desde el punto de vista técnico. El político puede hacer esta elección según ciertos valores que el técnico no conoce y no toma en consideración. Por supuesto, el político puede también liberarse de esta elección transmitiéndole al técnico si exige que éste tenga en cuenta estos valores en la determinación del medio.

Después de determinar los medios, el político debe tratar de que sean empleados. Puesto que, en definitiva, todos los medios se traducen en actividades humanas, esto quiere decir que el político debe tratar de que estas actividades se desarrollen. Algunas veces éstas lo hacen espontáneamente, y es lo mejor. Otras es necesario que el político emplee otras maneras para provocar estas actividades. Estas otras maneras son, pues, medios de segundo grado, pues sirven como medios de los medios, y es posible que existan también de tercer y enésimo grado. Lo esencial es que si las actividades-medios directos no se desarrollan espontáneamente, el medio de provocarlas, sea directo o indirecto, es necesariamente la actividad del político, la actividad política. Este es el segundo elemento de la política.

9. Existen dos maneras esenciales de asegurar esta actividad-medio político que no nace espontáneamente: o se puede conducir a las gentes a ejercerla voluntariamente, o se les puede obligar.

La ejecución voluntaria puede asegurarse también de dos maneras: o el sujeto que debe ejercitar esta actividad no la comprende, o no la considera buena; pero, sin embargo, la ejercita porque el político representa una autoridad para él —basada sobre la competencia anteriormente demostrada, sobre la antigüedad, la santidad, el amor, etc.—, o el sujeto la comprende y la juzga buena, la acepta como suya y la ejercita en consecuencia.

La coacción debe emplearse si el ensayo de conducir a las gentes a la ejecución voluntaria no tiene éxito. Los medios de coacción son diversos y la coacción física es la *ultima ratio*, que se emplea cuando los demás medios se han revelado impotentes. El ejercicio de la coacción, sobre todo el de la física, se considera ordinariamente como poder, y el Poder estatal se caracteriza la mayor parte de las veces por estar dotado del monopolio de la coacción física.

En nuestras condiciones contemporáneas, en las Sociedades muy divididas por conflictos de intereses, el Poder, y sobre todo el estatal, es la característica más a la moda de la política. Por ello se identifica a veces a ésta con el ejercicio del Poder, y sobre todo del estatal. Sin embargo, el ejercicio de la autoridad a fin de realizar los valores políticos pertenece también a la política y es su elemento constitutivo. Esto no debe olvidarse, al menos en razón de la perspectiva de la evolución de la política, de la que hablaremos

en seguida. La desgracia es que con frecuencia los mismos políticos hacen esta identificación.

Por supuesto, el político no es quien ejerce directamente la coacción, sino que lo hacen sus agentes técnicos, los ejecutores de su política. Pero el empleo de la coacción es siempre un acto altamente político, y por eso el político debe velar sin cesar para que todo acto de coacción se ejecute según su voluntad. Es preciso que se realice sólo su voluntad en este acto y no la del ejecutante. Si no es así, entonces no es en nombre del político en el que se hace el acto de coacción, sino que el que lo hace, el técnico, se convierte en político.

Esto nos muestra que en la realización de la política como conjunto, y no sólo en la ejecución de los actos de coacción, hay muchos grados diferentes, partiendo del político en sentido propio —el que elige el fin a realizar y ejerce las actividades para su realización, que exigen necesariamente actos de creación, puesto que no pueden precisarse con anterioridad—, y pasando por sujetos de actividades menos creadoras hasta el grado más inferior, el ejecutante en sentido estricto, que no es sujeto en absoluto y que se emplea exclusivamente porque la ciencia no ha inventado aún la máquina que podría hacerlo mejor que él. Esto nos conduce, una vez más, a la constatación de que la política es una actividad creadora y libre y no una simple ejecución mecánica. Pero, por otra parte, debemos reconocer que la actividad ejecutiva lo es *de la política* y no algo diferente.

10. Al determinar los valores que deben realizarse, el político está obligado a elaborar un sistema de valores completo, que debe ser coherente, pues debe sufrir la prueba inmediata de la realidad, en la cual debe integrarse. Otros, filósofos, poetas, utopistas, pueden imaginar sistemas fantásticos e irrealizables; el político está obligado a aproximarse a la realidad.

La tarea más difícil del político es la de coordinar y jerarquizar todos los valores que deben entrar en el sistema a realizar. Es un deber que ningún otro puede cumplir. La política debe medir los valores, evaluarlos y colocarlos en su justo lugar. Aquí es precisamente donde se torna evidente que la política tiene el campo más vasto de todas las disciplinas y géneros de actividad humana, pues no existe ninguno que no deba ser valorado y cuyo valor no deba incluirse en el sistema elaborado por la política. Puesto que la política debe orientar el curso de la Sociedad y puesto que ésta está compuesta por todas las actividades humanas, es necesario que la política las valore a todas. Sólo así se puede conseguir que la Sociedad marche como una unidad armoniosa.

Por esto la tarea del político es no sólo la más amplia, sino también la más difícil. Debe tener en cuenta a todas las actividades humanas que cons-

tituyen su Sociedad y valorarlas de manera justa y exacta. No es verdad —como pudiera pensarse a primera vista— que esos valores se valoren automáticamente cuando se determina el valor supremo, pues, como hemos visto, éste no es suficientemente concreto, y en él se pueden incluir valores diferentes o cantidades diversas de un mismo valor. Por eso, esta tarea, entre otras, no se puede confiar al técnico, aunque, por supuesto, aquí también la ayuda del técnico sea preciosa para el político, pues aquél puede prever las consecuencias de la realización de un valor, entre las que se encuentran también las que facilitan o, por el contrario, hacen más difícil la realización de los demás valores. Según estas previsiones, el político va a determinar el grado de realización de ciertos valores, pero lo esencial es que el técnico no puede decir cuáles valores deben realizarse, no puede decir en qué medida la realización de un valor facilita o dificulta la de otro.

No es extraño, puesto que la tarea del político es la de coordinar los valores a realizar, que pensemos que su tarea consiste también en la coordinación de las actividades humanas por las cuales estos valores se realizan. Es cierto, sin duda, que la coordinación de estas actividades es necesaria para la realización de los valores, pero sería falso concluir de ello que esta coordinación es tarea del político, como se hace a menudo. Es, por el contrario, una tarea típica del técnico, pues se trata siempre de determinar la influencia de ciertas actividades sobre la realización de algunos valores.

11. De la misma manera que se piensa, sin ningún fundamento, que el político debe coordinar las actividades humanas, se cree también que su tarea es la de organizar a la Sociedad. Existen opiniones según las cuales la esencia misma de la política consiste en la organización del grupo humano, de la Sociedad. Sin embargo, según la noción de política que exponemos aquí, no se puede aceptar tal opinión. La organización de la Sociedad es un asunto técnico, no político, pues entra dentro del marco de la realización de la política y no en la determinación de ésta. En otras palabras, la política tiene su parte en la organización de la Sociedad, pero ésta consiste en una actividad creadora y no técnica, como ya hemos visto.

Efectivamente, el político debe determinar cuál ha de ser la organización de la Sociedad, a qué tipo de la misma debe pertenecer; pero determinar este tipo quiere decir determinar los valores, el sistema de valores que debe realizarse en ella. Debe decir si la Sociedad será, por ejemplo, capitalista, socialista, etc., y aun concretar suficientemente este sistema de valores para que el técnico pueda saber exactamente lo que debe hacer. Después de estas decisiones es cuando aparece el técnico y determina cómo va a ejecutarse esta organización, y finalmente, aparecen los mismos ejecutores que llevan a la práctica todos estos medios.

Es pues, el político quien se encuentra en la cima de la pirámide social, pues gobierna a la Sociedad, la orienta hacia un fin que determina y hace Historia.

II

Lo que acabamos de exponer es la política en el sentido propio de la palabra, es su esencia «verdadera». Si las condiciones fuesen ideales, el político no tendría otras tareas y nadie habría dudado que la política fuese una actividad noble y positiva. En este caso la política no poseería su elemento secundario, que, sin embargo, en los tiempos presentes ostenta el primer rango y resalta más que el elemento primario, esencial. Puesto que la realidad está muy lejos de estas condiciones ideales en las cuales la política no tendría sino su elemento esencial, puesto que la de hoy tiene este elemento secundario, que parece incluso el esencial, es preciso que veamos en qué consiste.

1. Para que el político pueda realizar su política, orientar a la Sociedad hacia el fin deseado, es necesario que se encuentre en la cumbre de la misma, ya por autoridad, ya por poder, pues sólo allí posee los medios para esta realización. En la Sociedad actual, los fines a los que tienden los diferentes políticos y sus respectivas políticas son muy diferentes e incluso contrarios. La Sociedad se ha dividido: una parte quiere realizar un ideal; la otra, otro distinto, etc. Por ello la política debe necesariamente servirse del Poder, y del Poder más fuerte: del Estado. Esto no quiere decir, naturalmente, que no exista nada en la política que no pueda hacerse sin el Poder, y sobre todo sin el Estado; pero es evidente que sin ellos puede hacerse muy poco. Por esto es por lo que el político debe necesariamente conquistar el Poder estatal antes de pasar a la realización de su política, es decir, a la política en sentido estricto, a la «verdadera». Pero esta conquista no es nada cómoda.

2. Y aquí es donde surge el elemento secundario. A los políticos, protagonistas de una política, que desean tomar el Poder estatal en sus manos, se oponen otros políticos, protagonistas de otras políticas. Para conquistar el Poder estatal es preciso luchar contra los adversarios, y así, la política se convierte en una lucha entre los protagonistas de políticas diferentes, y por ende, el elemento secundario se convierte en el primario desde el punto de vista cronológico. Para muchos políticos que nunca llegan a conquistar el Poder estatal, la política sólo consiste en su elemento secundario, y así, comienza a considerarse como una actividad antihumana, que emplea todos los

medios para alcanzar el Poder, etc. De esta manera se olvida el elemento verdadero de la política.

3. Para poder triunfar en esta lucha por el Poder es preciso hacer propaganda de sus ideas, conquistar el espíritu de los hombres, encuadrarlos en organizaciones capaces de combatir por el Poder, etc. La organización para la lucha y ésta misma deviene el contenido de la política y se superponen a su verdadera esencia.

4. La política, considerada como un proceso social vivo, tiene dos fases, constituídas por el predominio de sus dos elementos. La primera fase consiste en la lucha entre los adversarios políticos para la conquista del Poder estatal y en las actividades que deben asegurar el éxito de esta lucha. La segunda fase consiste en la determinación y la realización de la política, una vez conquistado el Poder. El elemento secundario determina la primera fase; el elemento esencial, la segunda.

5. Al ser la obra y la expresión de una parte de la Sociedad en lucha con otras de esta misma Sociedad, es fácil comprender que existen diferencias profundas entre la política de la primera y de la segunda fase. En la primera fase, el político, es cierto, debe elaborar un sistema de valores destinado al conjunto de la Sociedad, pero este sistema no debe necesariamente ser tan concreto y completo ni tan realizable como el que la política debe realizar en su segunda fase. El sistema sirve como medio de congregar a unos hombres alrededor del mismo y organizarlos para la lucha. Sin contar la elaboración de este sistema, la política de la primera fase se orienta completamente hacia la organización de una parte de la Sociedad para la lucha y no hacia la Sociedad entera, como en la segunda fase. En lugar de coordinar las actividades de la sociedad e introducir así la armonía en ella, la política conduce de hecho a la división y a la lucha entre las partes de la sociedad. La política de la segunda fase asegura la estabilidad de la sociedad; la de la primera, la pone en peligro; la primera, une; la segunda, desune.

Pero, y es lo peor, la política de la primera fase influye fatalmente en la de la segunda fase. Al haber conquistado una vez el Poder estatal, el político no puede dedicarse tranquilamente a su tarea principal, a la política en sentido estricto, pues el Poder conquistado puede también serlo por los adversarios. Es preciso, pues, guardarlo, y para ello es necesario proseguir la lucha con el adversario, utilizando esta vez también el Poder estatal y abusando de él. Así, pues, la primera fase penetra en la segunda y la corrompe. La segunda fase no puede ser «pura» y no puede realizar su esencia verdadera, sino que se deforma, y la observación superficial proclama por esen-

cia de la política lo que no es más que su elemento secundario, accidental y menos bueno. La imperfección de la Sociedad se refleja en la política y la hace a ella también imperfecta. En lugar de ser bendecida, la política se vuelve maldita. Los individuos nobles comienzan a volver sus espaldas a ella y con frecuencia los políticos se encuentran aislados de los mejores elementos de la Sociedad.

6. En el interior de este elemento secundario de la política, la lucha por el Poder estatal, se puede hacer la misma diferenciación que en el interior del primer elemento, es decir, se pueden distinguir las tareas del político, del técnico y del ejecutor. Todas éstas se engloban en la política y pueden considerarse como políticas, *lato sensu*. El técnico y el ejecutor son técnico y ejecutor políticos; pero, sin embargo, el político tiene una tarea más política que las demás, pues, como hemos visto, la esencia de la política consiste en la elaboración de un sistema de valores y no en la designación de los medios por los que estos valores pueden realizarse, ni en la misma realización.

El político elabora, pues, un sistema de valores por el que cuenta poder conquistar a las masas para su política. El técnico designa los medios y la manera de emplearlos para realizar esta conquista, y por ella, la del Poder; finalmente, el ejecutor cumple las acciones necesarias para esta finalidad. Por supuesto, el político puede hacer todo esto por sí mismo, y frecuentemente, e incluso regularmente, lo hace. Sobre todo, suele suplir al técnico porque, como hemos visto, la ciencia no está desarrollada de tal manera que pueda proporcionar soluciones a los problemas técnicos. Pero si el político hace también lo que es del dominio del técnico y del ejecutor no lo hace como político en sentido estricto, y por lo tanto, se convierte en técnico y en ejecutor.

III

Ha llegado el momento de que echemos un vistazo al porvenir de la política, aunque sea muy arriesgado, puesto que el porvenir no nos es completamente accesible y conocido. Pero al menos existen bastantes hechos ciertos de los que se pueden sacar conclusiones —aunque sean muy generales e insuficientemente determinadas— referentes al futuro.

¿Cuál va a ser, pues, el futuro de la política? ¿Está condenada a poseer siempre sus dos fases contemporáneas?

1. Nos parece que se puede afirmar con alguna probabilidad que la política futura no constará de estas dos fases y que sólo se constituirá por

una de ellas, la que es ahora su fase ulterior desde el punto de vista cronológico. En efecto, en la política futura no existirá más que un solo elemento, el que hemos llamado «verdadero», el elemento ideal de la política.

La probabilidad de que desaparezca la primera fase de la política contemporánea proviene del hecho de que es causa de ciertas motivaciones sociales que, a su vez, deben desaparecer. Efectivamente, la lucha política entre ideologías diferentes no hace sino reflejar la posición y la influencia sociales diferentes de las distintas clases, estratos o grupos sociales en la Sociedad dividida actual. Esta lucha es muy dura y llega a veces hasta el aniquilamiento físico del adversario político, sea mediante una guerra civil, sea mediante el uso legal del Poder estatal. Esta desigualdad social está provocada, en primer lugar —aunque no solamente— por causas económicas. La producción de los bienes materiales es de tal manera insuficiente que la Sociedad no dispone de riquezas para satisfacer todas las necesidades de todos los hombres, mientras que al mismo tiempo estas riquezas, ya insuficientes, a causa de necesidades sociales muy profundas, no pueden distribuirse sino de una manera desigual entre los miembros de la Sociedad, de tal manera que unos satisfacen sus necesidades y otros no pueden. Basta ahora con creer que, gracias al fantástico progreso contemporáneo de la ciencia y de la técnica, la producción material en el futuro se aumentará en tales proporciones que todas las necesidades de todos los hombres podrán satisfacerse, y cumpliéndose estas condiciones, la desigualdad social económica desaparecerá, y con ella, al menos en gran medida, todas las demás desigualdades sociales. No existirán, pues, luchas sociales tan duras como hoy y la primera fase de la política habrá dejado de existir.

No podemos, naturalmente, entrar aquí en detalles que prueben que este porvenir es probable. Incluso puede ocurrir que el futuro descrito esté tan lejano en el tiempo —sobre todo teniendo en cuenta la explosión demográfica de nuestro tiempo, por una parte, y el aumento incansante del número de necesidades humanas, por otra parte—, que sólo se puede hablar con propiedad de aproximarnos a este futuro y no de alcanzarlo. Incluso en este caso estamos obligados a echar un vistazo al futuro y a modelar el presente según la perspectiva de este futuro.

2. Si partimos, pues, de tales bases no es difícil determinar las etapas por las cuales va a realizarse esta transformación de la política.

En una primera etapa, la lucha política existirá aún, pero con un aumento de la producción material y con la progresiva igualdad social, que será su consecuencia, esta lucha se tornará cada vez menos severa y dura. Los políticos profesionales y el Estado existirán siempre, pero la intervención de éste

será cada vez más débil y la participación en la política de los ciudadanos —que no son político profesionales— será cada vez más importante.

En una segunda etapa, la lucha política desaparecerá mediante la desaparición de la mayor parte de la desigualdad social a base del aumento de la producción, y con esta lucha desaparecerán también los políticos profesionales, así como el Estado. Pero existirá aún un poder social creado directamente por los ciudadanos. Habrá todavía algunas diferencias en las opiniones políticas sobre los valores que la Sociedad deba realizar, pero estas diferencias no serán grandes y podrán resolverse mediante compromisos amistosos.

En fin, la tercera etapa representa un estado de la Sociedad sin lucha política, sin diferencia en las opiniones políticas, sin ningún poder social. La política será la creación de hombres iguales y que tengan la misma opinión política. La determinación y la realización de la política se harán espontáneamente por lo que el poder social será inútil. Pero si el poder desaparece en esta etapa, la política, no, pues existirá siempre la necesidad de determinar el curso de la Sociedad, de orientarla hacia un fin determinado con anterioridad.

Podemos concluir, pues, en que la política es un elemento eterno de la Sociedad, pero que evoluciona paralelamente a la misma Sociedad, pasando por dos fases principales del desarrollo.

RADOMIR D. LUKIC

R É S U M É

L'auteur essaye de démontrer que la politique a nécessairement deux phases, caractérisées par ses deux éléments, qui sont non seulement différents, mais aussi, en grande mesure, contraires l'un à l'autre; et que seule l'une des deux va exister à l'avenir.

La première phase de la politique, considérée comme un processus social vivant, consiste dans la lutte entre les adversaires politiques pour la conquête du pouvoir étatique, ainsi que dans les activités qui doivent assurer le succès dans cette lutte. La deuxième phase consiste dans la détermination et la réalisation de la politique une fois le pouvoir conquis. L'élément secondaire, donc, détermine la première phase; l'élément essentiel, la deuxième.

Quel va être, donc, l'avenir de la politique? Est-elle condamnée d'avoir toujours ses deux phases contemporaines? On peut affirmer avec une certaine probabilité que la politique future n'aura pas ces deux phases. La probabilité que la première va disparaître provient du fait qu'elle est causée par certaines

causes sociales qui, elles aussi, doivent disparaître. En effet, la lutte politique entre les idéologies différentes ne fait que refléter la position et l'influence sociales des différentes classes, strates et groupes sociaux dans la société divisée actuelle; mais, grâce au progrès de la science et de la technique, l'inégalité sociale économique va disparaître. Il n'y aura donc plus des luttes sociales si après comme aujourd'hui et la première phase de la politique n'existera plus.

On peut, donc, conclure que la politique est un élément éternel de la société, mais qui change parallèlement avec la changement de la société elle-même, en passant par deux phases principales du développement.

S U M M A R Y

The author intends to show that politics has inevitably two phases, characterized by two elements, which are not only different but also, to a large extent, opposed; and that only one of same is going to exist in the future.

The first phase of politics, considered as a living social procesus, consists in the struggle between political adversaries for the conquest of power, and also in the activities that should assure success in that struggle. The second phase consists in the determination and carrying out of politics, once power is attained. The secondary element, therefore, determines the first phase, the essential element, the second.

What is the future of politics going to be? Is it condemned to always having these two contemporary phases? It can be affirmed that future politics will not have said phases. The probability that the first will disappear comes from the fact that the said phase is produced by certain social causes, which must also disappear. In effect, the political struggle between different ideologies is no more than a reflection of the position and influence of the different social classes, ranks and groups in the divided present day society; but thanks to the progress of science and technique, social economic inequality is going to disappear. There will not be, therefore, such sharp social struggles like there are today, and the first phase of politics will cease to exist.

The conclusion, therefore, is that politics is an eternal element of society but which changes parallel to the change of society itself, going through two main phases of development.

